

RELOJ DE SOL

Un ymbriable amiga, entre otras atrocidades ceterográficas, le dedicó Manuelita Sierra a su marido, el aburrido Mr. Thorne que le doblaba la edad y más encima era gringo, cuando le escribió anunciándole que lo abandonaba porque desde hacía un año era la amante del general Bolívar.

Bolívar, por su parte, encandilado con Manuelita que la misma noche quitería en que lo conoció victorioso le bailó unos solos de esa fúmpa provocativa a la cual el obispo de Quito calificaba de "resurrección de la carne", hizo anillo con ella a su melindrosa novia Bernardina.

General y generalita construyeron pareja entrañable en el lecho, la miseria, la gloria, los triunfos y las derrotas.

Muerto Bolívar y ella aún sin llegar a los treinta años, Manuelita siguió mostrando pancorilla y bajando posaderas, sólo cuando se trataba de encandilar para sacar ventajas para la causa republicana.

Pero en su corazón guardó luz hasta la muerte, aliviado nada más que con el rojo de sus cigarrillos encendidos en noches largas de nostalgia por el libertador al que —como escribió Ricardo Palma— ella, como hocalbre libertó.

Bien por Bolívar, cuyo patriotismo casi fanático, no le impidió dar rienda suelta a la que en su tiempo fue pasión escandalosa.

Y mire por San Martín, su compañero y contemporáneo en las luchas libertarias, cuyo corazón pareció guardar en algún cajón del escritorio en Buenos Aires, para que no le buscaran sin permiso ni ventaja bélica: su pecadillo limeño, Rosita Campuzano, lo lavó muy pronto con un "no puede ser ni será", ya a galope tendido hacia otra batalla y hacia el olvido.

Las mujeres y los horas (Ed. Andrés Bello, 1985) de Germán Arciniegas es, más que un libro, una fiesta. Escrito hace exactamente veinte años, pasó entonces algo inadvertido, junto al boom de su *Entre la libertad y el miedo* o *La geografía del Corde*, que glorificaron al escritor, periodista, profesor y diplomático colombiano.

Arciniegas, por lo demás, prologa esta nueva edición chilena diciendo que el libro sólo aspira a decir lo que un día en un



Germán Arciniegas mide nuestra América por sus mujeres.

reloj de sol. "La inmensa memoria de las mujeres de América ha dejado escritos sus nombres en los repliegues íntimos de la vida, que el viento de la muerte va borrando, en tanto que los figurones —generales, presidentes, gobernadores— se repasan una y otra vez".

Como diría un loco nacional, es chero Arciniegas, y entre otras chonetas, feministas con sus ochenta cumplidos, todavía le dedica sus libros a Gabriela, haciendo suponer a muchos avisados que se trata de la Mistral. Pero él se refiere a Gabriela de Arciniegas, quien después de tanto más de medio siglo de haber sido su hermosa mujer, sigue siendo bonita y gran compañera. La Mistral, por cierto, es una de las horas de este reloj de sol de papel. Pero una Mistral muy distinta a la que por lo general glorifican abundantemente los biógrafos y ensayistas de su obra y su persona.

"Además, Gabriela publicó libros de versos. Pero su gran poema era ella misma, y este poema quedará inédito... Para hablar con exactitud, todo lo que ella publicó no es sino mínima parte de su romance sin palabras escritas", asevera Arciniegas, en su magnífica hora mistraliana. Y recuerda sus panchas, sus distracciones, su por ejemplo esperar un largo discurso delante

de la reina madre de Inglaterra—a propósito del Honoris Causa otorgado por la Universidad de Columbia—, cuando por protocolo, había prohibición expresa de que la galardonada dijera palabra alguna. Pero cuando Gabriela debió hablar al recibir el Nobel, se empacó en un "yo no hablo" y su discurso debió ser dicho por un sustituto.

Sacar a doce mujeres del olvido no significa, para Germán Arciniegas, evadir las pifias de sus heroínas, y entregarlas con un sentido del humor que jamás las ridiculiza, sino que las hace más humanas. Como los entredos de la hermosa peruana Flora Tristán, exiliada en la miserable calle del Ciro que Pesca en París, donde se consolidó como azora de la Unión Obrera, en tanto se defendía de un ex-amante que quería matarla, o por lo menos robarle a su hija Alma. Esa hija que iba a ser la madre de Paul Gauguin, el gran pintor de las mujeres de ojos coccos y tristes, así como la abuela limeña, precursora de Marx.

Será Arciniegas quien recordará entre sus doce mujeres de las horas, a la compañera de Garibaldi —el mismo caudillo italiano del "Garibaldi Pum", de la vieja canción estudiantil.

Tan fascinante como Anita Garibaldi es Marietta Veintemilla. Quedó huérfana de madre muy pronto, y perdió de vista al padre, que la confió a parientes y éstos, poco interesados en la niñita rubia y apasionada, no repararon en que estaban forjando a fiero soldado: así se convirtió en una de las primeras intelectuales de Latinoamérica.

Rubén Darío, ya viejo, admiró a esta Marietta, por quien declaró que habría hecho, en su juventud, la mejor poesía.

El viejo Arciniegas de hoy, siempre lúcido y todavía bien plantado, trasluce que él también habría podido enamorarse no sólo de Marietta, sino de varias de las mujeres de su reloj de sol.

Aunque tardío, el flechazo anticuado de Germán Arciniegas debe aceptarse de lleno, leyendo *Las mujeres y las horas* y repasando todo lo que de él se tenga a mano. Su idioma, además de todo, es realmente un regalo. ■

14 MARCO 2051, Iqpa, febrero 1987

AUTORÍA

Romero, Graciela

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Reloj de sol [artículo] Graciela Romero. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile